

L A L A T A

semanario festivo y de intereses locales

Año I

Mula 11 de Abril de 1897

Núm. 6

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En Mula, un mes. 0'50 ptas.
Fuera, trimestre. 2'00 "

DIRECTOR

D. Manuel Valcarcel Llanos

ANUNCIOS Y COMUNICADOS.

Precios convencionales.
La correspondencia á la redacción

Advertencia

Los señores que reciban este periódico y no quieran honrar con sus nombres nuestras listas de suscriptores, se servirán devolverlo á estas oficinas de imprenta y redacción, Obscura, 3. De no hacerlo así, se les considerará como abonados.

El Amor Divino

La razón ha analizado al mundo; la fé lo ha redimido.

Así como en los modernos certámenes del entendimiento, la razón se proclama vencedora, alzando las cien trompas de la fama sobre los alcázares que albergan la industria del mundo, así en estos solemnes días en que la familia cristiana llora al pie de la Cruz, la fé, levantándose gloriosa, deslumbra como el rayo del Sinaí; resplandece como la gracia de Dios.

Llorar... y creer... Ved aquí la misión del cristiano en estos momentos. Llorar, porque el amor llora desde la Cruz y junto á la Cruz; creer, porque ese amor es la verdad que muere muerte humana, abriendo con el martirio y el sepulcro las puertas de la justicia y de la caridad.

¿Qué drama del mundo puede compararse al drama á cuya conmemoración asistimos? ¿Qué amor ha sido tan grande como ese amor infinito que en purísima forma, desgarrada y herida, pende de la Cruz? ¿Qué dolor humano tiene la intensidad de ese dolor sin límites, que llora en María por la muerte del Hijo y por el delito de la humanidad?

La historia en sus anales, nos presenta el inmenso camino del tiempo, ornamentado por grandes estatuas, por soberbias y magníficas figuras. Aquí el dolor sometiéndose al heroísmo; más lejos el amor materno, sofocando ante la alegría pública los quejidos del corazón; en lontananza la virtud sacrificándose en aras de la sociedad.

El Egipcio, el Griego, el Romano, el Ibero, guardan en sus bosques, en sus ciudades, en sus tradiciones, bellas figuras que engrandecen el ánimo, y abisman el entendimiento.

La columna de Moratón, noble trofeo de Milciades; los láuros de las Termópilas y Salamina, coronas inmortales de Leónidas y Temístocles; el sepulcro de Zefiro, piedra sagrada que canta á la abnegación en letra de oro; la lira de Tirtéo, resplandor glorioso del entusiasmo por la patria; la cicuta de Sócrates, espléndido recuerdo de la virtud; el puñal de Virginia, himno santo del pudor, que lucha y vence desgarrando con el acero de la honra las entrañas de la virginidad; las coronas cívicas de Scipión, de Coriolano y de Cincinato, símbolos augustos del más grande heroísmo; la toga de Junio Bruto, monumento inflexible de la justicia humana; los sepulcros de Cayo Greco y Apio Herdonio, altas columnas de la igualdad del mundo... ¡Ved aquí un espléndido museo, sirviendo de ornamento á la historia! ¡Ved aquí algunas arenas de oro que ha dejado la humanidad al cruzar lentamente por el cauce de la vida!

Y sin embargo, cuando contemplamos los dramas donde se han desarrollado tan grandes figuras, nuestro dolor es moderado y tranquilo; el criterio toma parte en el sentimiento, y analiza los hechos, medicando los impulsos del corazón.

La actitud severa de la mujer de Esparta, provoca más la admiración que el entusiasmo; el grito con que la madre acusa al hijo por no haber muerto en la batalla, hace latir el corazón del ciudadano, y arranca gritos al corazón del padre; Licurgo y Espartón, fundando sociedades y legislando para ellas, causan menos ad-

miración que respeto: Virginia, con el puñal en el corazón, nos representa el sacrificio de una víctima, sin recordarnos el heroísmo de una martir; Herdonio, enarbolando en el capitolio el estandarte de la libertad Romana, y muriendo por ella, nos parece un hombre imperfecto que lanza su heroísmo á un punto limitado; ninguna de estas figuras arranca lágrimas á nuestros ojos; ninguna domina por completo la acción de nuestros espíritus; haciéndonos santificar el ara respetada de un recuerdo.

En cambio, volved los ojos al calvario; contemplad el drama que en su frente se realiza: un hombre muere; una mujer llora; y aquella muerte nos aterra, y aquellas lágrimas nos hacen llorar.

¿Qué misterio hay en este misterio? ¿Por qué razón este suceso se levanta sobre todos los sucesos humanos?

¡Ah!... ¡Es porque aquel hombre que muere es la verdad infinita... Porque en aquella forma late la eternidad; porque aquel Dios que sufre el martirio sobre la peña impía, y ante la tumba, más dura que la peña, vá á descender de la Cruz, para atravesar las sombras de la muerte y abrir en ella á sus verdugos el camino de la divina Jerusalem!

Es, á la vez, porque aquella Virgen dolorosa, es la virtud pura, la castidad perfecta, la maternidad sublime; porque aquellas lágrimas son redentoras, como salidas de las fuentes de la caridad; porque María llora por el Dios muerto, y por el mundo asesino; es porque aquella Madre purísima, al quedar en la soledad del Hijo, vá á aceptar por hijos á los verdugos; es, en fin, porque el dolor y el amor, reuniéndose en toda su intensidad en aquella Madre santa, van á contemplar, por gracia del cielo, la obra inmenso de la Redención del mundo.

María no llora como la mujer de Esparta, al hijo ciudadano; llora, como *Ella, sola, al Hijo de Dios*; en su dolor, se unen las lágrimas de la madre con las lágrimas de la sierva; Cristo es á la vez, su Hijo y su Dios: la naturaleza mira con pena aquella herida desgarrada y herida, una pre-